

# Un indio tiene miedo de vivir

CUENTO por Elías Ugarte Figueroa



CON unos ojillos tristes, alargados, que miraban miedosamente hacia todos los puntos, y ese rostro moreno, cobrizo, pálido, que semejaba las hojas secas del tabaco; cubierto apenas con un roído chamanto, un sombrero hundido hasta las orejas y aquellos pantaloncitos largos, abombillados, tan graciosos, que las lluvias y el sol se habían encargado de encoger una cuarta más arriba del tobillo, y hasta de borrar el primitivo color que tuvieron, llegaba el indio Mallalahue a la escuela de aquel lugar, arrastrando apresuradamente sus humildes ojotas.

—Allá viene el mapuche Mallalahue hediendo a sahumero de «dunguve»—decían los muchachos, haciéndole visajes burlescos desde la ventana.

Las muchachitas de aquella escuela mixta clavaban también sus ojos en él y sonreían: —Siempre pensativo y astroso—murmuraban—. Si ni siquiera piensa en las lecciones...

¿Qué verá más allá de las nubes?

—Buenos días, patrona maestra—decía el indio.

—Buenos días, Mallalahue—respondía bondadosa doña Clotilde, y se quedaba viéndole caminar hacia su banco, atrasado, como de costumbre.

—¿Qué te ha ocurrido esta vez, Mallalahue?... ¿Por qué vuelves a llegar después que se ha pasado lista?...

—¡Ah, mi patrona linda...! Si vieras vos too lo que tengo que hacer desde la madrugada... Ahora que estamos solitos yo y la «ñañita»... Ahora...

—Basta... Basta...

Y se quedaba satisfecha con aquella explicación, que hacía estallar de risa a los muchachos.

Le tenía cierta simpatía al indiecillo, no obstante sus atrasos, ausencias y distracciones continuas.

—¡Pobre muchacho!—solía decirles a los demás, mientras se paseaba por los ruinosos corredores de aquella escuela de campo—. Trabaja duro desde muy temprano en la chacra. Sobre todo, desde que murió su padre... Además, es un auténtico araucano... De los pocos que escaparon al cruzamiento.

Un día que charlaba, como de costumbre, en el corredor, sintió en el patio una gran zagalarda. Un grupo de muchachos tenía cercado al indio, que se debatía bravamente entre aquellos truhanes, quienes, tirándole de su humilde chamanto, le gritaban: «Mapuche sucio, mapuche roto, indio brujo.»

Sólo cuando vieron los severos ojos de doña Clotilde más arriba de sus cabezas, se calmaron.

—¿Qué pasa aquí, niños?

Mallalahue balbuceó:

—Nada, patrona maestra... Es sólo que se avergüenzan de mí... ¿Sabe...? Porque soy un indio pobre... Porque no voy vestido como ellos... Porque...

Su voz se quebró. Se secó una lágrima, y agregó:

—Porque tengo mis creencias...

Y mostraba su collar destrozado, lleno de figuras de plata y palitos de palqui.

—Cree en los «dunguves», señorita—dijo una voz.

Había sonado la campana. Los muchachos, a la izquierda, y las niñas, al fondo, formaron filas en silencio y, marchando al compás de las palmas de la maestra, que repetía en voz alta «un, dos; un, dos», entraron a clase. Iban cavilosos. En el rostro de doña Clotilde habían visto un tático reproche, un relámpago de reconcentrada indignación.

En efecto, sobre la tarima de madera, donde yacía su pupitre, se empinaba la enteca figura de la maestra, quien, manteniéndose de pie, empezó a decirles:

—Ustedes han cometido, hace un momento, una acción vituperable, impropia de niños bien nacidos, de alumnos de este establecimiento... Una acción indigna, cobarde, en contra de un compañero de ustedes: de nuestro hermano Mallalahue...

—¿Hermano...? Si él es indio, señorita...

—¿Quién se ha permitido interrumpirme?—exclamó, roja de ira, doña Clotilde.

Nadie respondió. El silencio en la sala se hizo profundo.

Ella, entonces, esbozó una mueca de desprecio.

—Pues bien. Ya que el osado no tiene la valentía de dar un paso al frente y declararse culpable, toda la clase va a quedar castigada, estudiando en nuestro texto de Historia aquel capítulo relacionado con nuestros aborígenes... Porque sólo ignorantes o malvados pueden proceder así en contra de un muchachito inofensivo y humilde como Mallalahue, que lleva en sus venas la sangre altiva de hombres tan valientes y aguerridos como Lautaro, Caupolicán, Galvarino, que es también la nuestra...

Los muchachos se hundieron en un respetuoso mutismo, mientras Mallalahue miraba a la maestra con una sonrisa mezclada de gratitud y de orgullo. Sí, aquello era verdad. Se lo había contado su madre. El no era un infeliz. Su abuelo también había guerreado en Arauco, defendiendo su tierra y sus costumbres. Sus antepasados habían tenido el coraje de detener las victoriosas tropas de Yupanqui en las márgenes del Bio-Bio, cuando la resistencia de los indios del norte y centro de Chile había sido quebrada por las arrolladoras huestes de los hijos del Sol. Sí; se lo había contado su madre, mientras tejía vistosos choapinos con esa lana teñida en indelebles zumos vegetales, y el padre, silencioso, mirando hacia los cielos, hilaba la madeja del pasado, junto al fulgor de la lumbre, que ensortijaba su despoblada barba y sus mejillas agrietadas de caprichosos



arabescos; o bien observaba los pájaros, viendo, acaso, en su vuelo un augurio feliz o desgraciado, un anuncio que venía de sus hermanos muertos o de los espíritus errantes, que parecían llamarlo entre las nubes para librarle de esta vida. Soñaba, tal vez, con sus tierras usurpadas. Sí; le habían despojado de ellas otros hombres ambiciosos y malvados, recurriendo a artimañas legales y a la fuerza de las carabinas. Era un indio vencido por la civilización, como todos los indios. Entonces había tenido que salir de allí a mendigar a otros pagos. A arrastrarse como gusano en torno de la tierra donde había nacido, y a ser pisoteado por los mismos que le habían robado lo suyo. Así había llegado a aquella casa de fundo, con su mujer y su hijo, para luego convertirse en mísero peón por un pan ácido, un poco de maíz y unas cuantas monedas desvalorizadas, que se llevaba la pulpería. Ni siquiera los piñones del campo le pertenecían. Esos piñones que, en otra época, constituían bosques vírgenes y libres, y cuyos frutos eran el alimento principal del araucano, tenían ahora otros dueños, hombres venidos de la ciudad o del otro lado del mar con elementos mecánicos de trabajo, con una humosa pipa entre los dientes, y hablando, a veces, una lengua extraña.

Mallalahue había alcanzado a sufrir las miserias de aquel éxodo, llenando su alma de una especie de miedo por la vida. «Esta es nuestra vida», escuchaba por las noches lamentarse a la madre cuando, en el camastro, echaba sus rendidos huesos junto al hombre, después de las faenas del campo. «Pero tú vais a ir a la escuela, m'hijo, pa que saias otra cosa... Pa que naiden te esclavice.» El indiecito se quedaba pensando en esas palabras. Sí, iría a la escuela, si su madre lo deseaba. Pero más le hubiera gustado deambular por el corazón de la sierra. Ser como los pájaros. ¡Ah! Tenía el corazón errante como una golondrina. Y se ponía a soplar la «trutruca» de su padre, que despedía no un canto, ni siquiera una melodía, sino un gemido lastimero, como si todo el alma de la raza araucana llorara su perdida grandeza a lo largo de esa prolongada caña y ese cuerno.

Un día el indio viejo había llegado con una fuerte punzada en la espalda, como si una flecha enorme allí clavada le estuviese desgarrando las carnes. Eran los días terribles del invierno, en que los ríos aumentan su caudal con las lluvias y los derrumbes de los cerros siguen a las nevadas implacables. Había permanecido hasta el alba luchando con las aguas, que, en su crecida, amenazaban con inundar las siembras del patrón y las chozas de los inquilinos. Por la noche, un ronquido extraño mosconecía entre sus labios resecos y enfebrecidos.

La mujer quemó hojas de canelo y preparó una tisana con huévil, palqui, borraja y cachanagua, y rezó, rezó, remendando los viejos machitones de su infancia. Pero el indio no volvió a abrir los ojos. Cesó el ronquido, como si el moscardón de su garganta—ese espíritu del mal—hubiese escapado en su último suspiro, después de cumplir su maleficio. Ella, doblada sobre el pecho de su compañero, se obstinaba en no abandonarle, mientras el pequeño parecía inquirir con sus aterrorizados ojos qué era todo aquello, qué significaba aquel silencio y aquel continuo entrar de gentes en puntilla que miraban el lecho con expresión de callada amargura, como si no quisieran despertar al extinto de su sueño.

Al día siguiente, en una caja hecha con rústicas tablas de álamo, colocaron al indio y partieron con él bajo la lluvia por entre riscos y maizales. Los cuervos graznaban a su paso y el puelche les entumecía los desnudos brazos.

—¿A dónde lo llevan, «ñañita»?—inquirió el pequeño Mallalahue—. ¿Por qué en esa caja?

—A las moradas de Pillán, m'hijo...

—¿Dónde queda eso, «ñañita»?—

Ella alzó sus brazos al cielo y mostró el sol languidecente:

—En lo alto, m'hijo... Tal vez allá donde el sol se pierde por las tardes... Más allá del mar...—exclamó en el armonioso lenguaje de su raza, para que sólo su hijo la entendiera.

«Más allá del mar», repitió mentalmente.

—¿Y qué hay más allá del mar?—insistió.

—Una tierra de paz, donde están nuestros antepasados, nuestros guerreros, m'hijo... A donde iremos a juntarnos toos pa ser más felices...

El se quedó pensando.

—¿Y allí naiden te hará levantate al alba y traajar como bestia too'er día?... ¿Naiden nos llamará «indios perros», «ñañita»?...

—No, m'hijo... Allí los hombres son más humanos... Son toos iguales y se miran con cariño...

El muchachito sonrió y, como un mastín, siguió a su madre, que se encaminaba hacia los surcos.

\* \* \*

Una tarde de estío, al regresar, como de costumbre, hacia su choza, traía un hermoso caracol marino entre sus manos, que había encontrado entre hierbas y peñascos, al dar su primera palada. Al verlo, el hijo del patrón le espetó alborozado:

—¡Ah, en esa caracola vacía está encerrado el mar!... Escúchalo... Ahí dentro está su lamento... ¡Ah, su canto desesperado, Mallalahue!...

—El mar—balbuceó el indio y pensó en las moradas de Pillán, donde estaba su padre. Aquella mañana llevó su caracol hacia la escuela.

—Aquí lo traigo encadenao.

—¿Qué?

—El mar.

Todos lo miraron asustados, mientras la maestra pensaba: «Este muchacho... Si vive nada más que de sueños... Ni siquiera estudia»...

Se agruparon. Cogieron aquel caracol curiosamente. Se lo acercaron al oído y sintieron el lamento infinito de las olas.

—Ya—dijeron—. Es cierto.

Pero nadie conocía el mar sino en los mapas adormilados en los muros de la escuela.

No obstante, doña Clotilde les había explicado: «¿Ven ustedes, niños, esa franja azul al oeste de la costa chilena?» «Sí, señorita», respondían. «Pues bien; es el Océano Pacífico. Repitan ahora conmigo: el Océano Pacífico es una gran extensión de agua salada que baña las costas de América, Asia y Australia.»

Repetían, repetían, pero nadie sabía precisamente lo que era el mar.

«El mar», decían enfáticamente en sus casas. «El mar», fijando sus ojos en los atlas y repitiendo la definición de la maestra. Pero sólo veían en su pensamiento una mancha celeste, inmóvil, prisionera de los paralelos y los meridianos, bordeando la piel rojiza y blanca de la patria.

En cambio, no sucedía así con la Cordillera. Estaba frente a ellos, alba, orgullosa, enhiesta, decorando el paisaje campesino. Sí, podían verla desde allí, desde los mismos bancos de la escuela. Verla cómo se empinaba a veces sobre los sauces y los álamos para demostrar su prepotencia y su grandeza, o bien, para meterles miedo con ese largo capuchón de sábanas que solía colocarle el invierno poco después de las primeras lluvias.

Sólo su madre sabía todo eso que los libros callaban y que no lograba explicar la maestra, enmarañada en sus razones científicas. Para aquélla el sol no sólo era un astro incandescente, centro de nuestro sistema planetario, que da vida y luz a cuanto ser o cosa alcanza, sino más que todo eso todavía: estaba dotado de un poder divino. Asimismo, en las nubes no veía un simple vapor acuoso suspendido en el aire, sino un mundo, otro mundo más bello y mejor que el nuestro, donde moraban las divinidades, y los guerreros y los hombres de su raza, a quienes les había correspondido partir, adelantarse. Por eso la muerte no era para ella sino un viaje, un cambio, un traslado a ese cosmos lejano y deseado.

Este sentimiento se había hecho más hondo en su tragedia. Así se lo había dicho a su hijo.

Cuando aquella mañana llegó en puntillas y lleno de temor a clase, la maestra explicaba:

—Los ríos—repito—nacen generalmente en la cordillera y desembocan en los lagos o en el mar.

El se quedó turbado. ¿Qué había dicho la maestra?

Dió un paso hacia los bancos para tomar asiento y anotar aquellas palabras; pero doña Clotilde le contuvo:

—Usted ya me está cansando, Mallalahue... Falta cuando se le ocurre... No hace las tareas... Se lo pasa en la luna mientras explico... Y todavía llega continuamente atrasado... ¿Que no sabe que la entrada es a las ocho de la mañana?

El mapuche agachó la cabeza sin musitar palabra.

—Bien—agregó doña Clotilde, volviendo a su pupitre y a sus mapas y mostrando con el puntero un rincón de la sala—. Para que lo recuerde, Mallalahue, va a quedarse parado allí toda la mañana.

Luego, dirigiéndose a los demás alumnos, prosiguió:





—Las nieves forman los ríos... Los ríos vivifican la tierra...  
 —¿Qué cosa es vivifican, señorita?  
 —Vivificar... De vivir... Dar vida... ¡Qué niños!... Una palabra tan fácil...  
 —Lo contrario de morifican—exclamó un gracioso.  
 Todos rieron desordenándose.  
 —¡Silencio!—gritó doña Clotilde—. ¡Silencio!... Esa palabra no existe en el diccionario...  
 —¿Qué cosa es un diccionario, señorita?  
 —¡Vamos, qué ignorancia más supina!... Es ese libro grande que ustedes han visto sobre la mesa de la directora... Allí están todas las palabras de nuestro idioma cuyo significado ustedes desean conocer...  
 —¿Y las palabras mapuches?  
 El indio se sobresaltó. Sabía que trataban de mofarse de él.  
 —He dicho de nuestro idioma—recalcó la maestra—, aunque miles de palabras mapuches han sido incorporadas a nuestra lengua...  
 —¿Cuáles, por ejemplo, señorita?  
 —Ulpo, humita, chercán, chanco, luche, etc. ¿No es así, Mallalahue?  
 El muchacho no supo qué responder. Lleno de rubor, la miró con humildad.  
 —Es una lengua muy bella—agregó doña Clotilde—. Propia de oradores y poetas... ¿Han entendido ahora, niños?

—Sí, señorita.  
 —Pues bien, prosigamos y dejémonos de interrupciones... Los ríos, como estaba diciendo, vivifican la tierra... Gracias a ellos tenemos árboles, plantas, legumbres, frutas... Es su viaje fertilizante y generoso... Por eso las grandes civilizaciones de la antigüedad florecieron a la orilla de los grandes ríos, como el Nilo, el Ganges, el Tigris, el Eufrates...  
 Se detuvo de golpe:

—No. De esto último no tomen apuntes... Ya lo estudiarán en la ciudad... En algún liceo... Por ahora nos interesa conocer los ríos de nuestra Patria... El Maule, por ejemplo, nace en la laguna de su nombre... ¿Ven ustedes ese punto azul marcado en el mapa?...

—Sí, señorita.  
 —Es la laguna de Maule, que está rodeada de cerros muy elevados, como el Campanario. Bien. Nace ahí y desagua en el Pacífico, después de recorrer 196 kilómetros, más o menos. Ese otro río, que forma en su curso una herradura, es el Claro, donde Mallalahue se baña y va a hacer la cimarra, y se une al Maule cerca de Perales... No olviden, pues, que las aguas dulces del Maule se confunden, al término de su carrera, con las aguas salobres del Pacífico... Si ustedes echasen un madero sobre sus aguas, ¿a dónde llegaría?...

—Al mar, señorita... Al mar Pacífico...  
 Ella sonrió.  
 —Sí—respondió—. Posiblemente. Siempre que no encontrara algún obstáculo en su carrera... Alguna barra...

—¿Qué cosa es una barra, señorita?  
 —Es un banco de arena... ¿No han visto alguna vez pegada la balsa de don Cele cuando el río está bajo?... Pues bien; eso es una barra... Entonces terminamos por hoy esta lección para seguir estudiando los otros ríos que confluyen con el Maule... Siquiera esta vez hemos aprendido que los ríos nacen, nacen... A usted le estoy indicando, lunático...

—Nacen en la cordillera y mueren en el mar—respondió triunfalmente Mallalahue, revolviendo su sombrero entre sus manos.  
 Todos le miraron asustados. ¿Cómo había estado tan atento el silencioso, el ausente, el perdido entre nimbos con sus machis, dunguves y caciques?

Volvieron a mirarle y vieron que tenía las pupilas encendidas y ahora caminaba hacia el patio como un alucinado, riendo, riendo, con una risa extraña.  
 —¿Qué le pasa a usted, Mallalahue?—gritó la maestra—. ¿Se ha vuelto loco?...

El muchacho la miró esta vez con sus ojos llenos de amor y gratitud. La miró iluminado por una llama de alegría que, desde hacía tiempo, permanecía apagada en su semblante.  
 —Patroncita maestra, perdone... El tren blanco llevará a Mallalahue...  
 No dijo más. Miró hacia los cerros del oeste y se echó a correr por la vega.

\* \* \*

El Claro venía cantando desde lejos, ebrio de la belleza del paisaje, perseguido por livianos pedruscos, que él mismo iba puliendo en su trayecto. Era su voz tan cristalina y pura como su nombre y como su cuerpo de vidrio. ¿Semejaba un tren, una serpiente o un caballo blanco en su marcha veloz, incontenible? No. Algo más perfecto, sin duda:

un ser humano, bondadoso y pródigo, feliz de su destino. Era el enamorado de la tierra, el viejo Ahasverus, que, en su carrera, iba entregándole ese beso de limo de la vida y luego seguía sin detenerse nunca, como la sangre en las arterias.

Así tal vez lo vió el muchacho. Y debe haberse quedado largo rato contemplándolo con una expresión de amor en las pupilas.

Esa tarde comentaban en la escuela:  
 —No se ha hallado la balsa de don Cele...  
 —¿Se iría en ella aprovechando la crecida?...  
 —Imposible.  
 —Es tan feble.

—Unos cuantos maderos de eucalipto. Además, sería una locura. No hay luna. Se estrellaría contra los acantilados de la orilla. La arremolinada y vertiginosa corriente allá en el cruce. Las barras mismas—insistía la maestra, luciendo sus conocimientos de Geografía. Y buscaba el mapa de la región para explicarlo.

Cuando doña Clotilde y algunos vecinos llegaron hasta donde la India, esta se puso a sollozar sobre la almohada de su hijo. Luego, secándose las lágrimas, exclamó con cierto rencor y abatimiento:

—Ha huído e la vida... D'esta vida... Sólo usted me lo quería, señorita Clotilde. Volvió a limpiarse las lágrimas con la punta del chamal y agregó:  
 —Yo sé a dónde ha ido...  
 Cogió un puñado de maíz y un vaso de agua y lo lanzó hacia los cuatro vientos. Y se quedó mirando las nubes.

(VOCABULARIO.—Pillón: espíritu de los antepasados, como ser superior. Dunguve: hechicero. Machi: curandero. Nañita: mamita.)



Gabriel  
 50